

REVISTA CASTELLANA

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

AÑO VIII ❧ VALLADOLID, MAYO 1924 ❧ NÚM. 44

La Historia Secular y Eclesiástica de Valladolid

de MANUEL CANESI ACEBEDO

(Continuación) (*)

CAPÍTULO TERCERO

Engrandece el Rey D. Phelipe Segundo, hijo de Valladolid, la Sancta Yglesia Colegiata, con la alta dignidad de Cathedral, y se refieren sus progresos hasta estos días.

«Antes de referir lo mucho que estimó el Rey D. Phelipe Segundo á Valladolid su Patria, y a su Sancta Yglesia, es preciso manifestar las antecedencias que hubo, y para decir estas me he de valer del D.^{or} D. Pedro Fernandez de Pulgar, que en su historia de la Ciudad de Palencia las escribe todas en libro 3. F.^o 209, cuías formales palabras copiadas de ella son las siguientes.»

En los folios 29 a 37 extracta y copia Canesi varios pasajes de la obra de Fernández de Pulgar, impresa en Madrid, por la Viuda de Francisco Nieto, 1679-1680, 3 t. en fol. (Muñoz ROMERO, *Diccionario*, Palencia, 4.)

Según Canesi, que se refiere a Pulgar, los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel «por descargo de su conciencia y satisfacer al Obispo de Palencia algo del daño que le habían

(*) Comienza este Cap. en el fol. 29.

hecho en tomarle aquella Ciudad y la jurisdiccion temporal, que todo era suio», pidieron al Papa la unión de la Abadía de Valladolid al obispado de Palencia, y que el obispo fuese juntamente obispo de Palencia y abad de Valladolid. En el año 1500, el pontífice Alejandro VI accedió a la petición; pero, por muerte del Papa, la bula no llegó a despacharse.

Renovada la petición a Julio II, en 1504, la bula fué despachada «con esta cláusula: que el Obispo de Palencia fuese tambien Obispo de Valladolid, y que ambas Iglesias fuesen Cathedrales, y de ambas se llamase Obispo; y cada Cabildo tuviese su Messa, y hacienda aparte; pero esto no tubo efecto, porque D. Fernando Henrriquez, (1) que era Abbad de Valladolid, no quiso dexar la Avadía, antes la renunció en vn criado suio, llamado N. Villaroel, (2) y el Papa admitió la resignacion suspendiendo la vulla (como dixen en el libro Primero) de vnion *hac vice duntaxat*, y este Abbad con la misma suspension la renunció en D. Alphonso Enrriquez, que la poseió mas de treinta años, y aunque algunas veces se ha tratado de este negocio, nunca ha tenido efecto; porque la Yglesia, y Valladolid siempre ha reclamado; pero el año de mill quinientos, y cinquenta, y quatro, D. Pedro Gasca, Obispo de Palencia, bolbió a insistir en ello, pidiendo al Consejo Real se hiciese la dicha vnion, y que se confirmase por el Papa, y se entendió que Valladolid viniese en ello, y tambien el Rey, por satisfacer al Señor Obispo Gasca con esto lo mucho que había trabaxado por la corona, y así en el mes de Mayo el Consejo Real dió una provision, en que mandaba a la Ciudad de Palencia, y al Cavildo, y a Valladolid y su Yglesia, que dentro de cierto termino pare-

(1) Este abad no está en la lista de GONZÁLEZ DÁVILA. Cf. *Teatro*, I, 658.—Su vida en SANGRADOR, *Historia de Valladolid*, II, 93.

(2) Este criado es, según SANGRADOR, II, 94, hijo natural del abad Don Fernando, y el mismo a quien se llama Don Alonso Enríquez, y no otra persona distinta como dice Canesí. El llamarle criado puede ser un eufemismo voluntario. ANTOLINEZ DE BURGOS, de cuya conocida *Historia* hay una copia de 1695 en la Biblioteca de la Diputación de Vizcaya, dice que Don Alonso fué hermano del Almirante de Castilla Don Luis, Ms. D. V, fol. 111 v.º

ciesen por sus Procuradores a decir y alegar las razones por donde la tal vnion se debiesse hacer, que les oirían, etc.»

«La de Palencia embió los suios, y el Cabildo de su Sancta Yglesia al Licenciado Mérida, su Doctoral, y Valladolid y su Yglesia Colegial tambien embió los suios...»

La alegación del Deán y Cabildo de Palencia, presentada por su procurador Francisco de Salas, era contraria a la unión. Las razones aducidas, que Canesi copia de Pulgar, pueden leerse, resumidas, en SANGRADOR, II, p. 97 y 98.

Valladolid, reconociendo que la bula de unión estaba revocada por otra de León X, aceptaba la revocación, «mas pedía cosas casi imposibles, y entre ellas vna: que Valladolid fuese Arzobispado, y le diesen Yglesias sufragáneas, y que Palencia fuese vna de ellas, o por lo menos que se llamasse Obispo de Valladolid y Palencia, y que a Valladolid se le diese la Jurisdiccion espiritual de todos los Lugares que estan mas cerca de Valladolid que de Palencia, que son muchos, y que la renta de la Abbadía se gastasse en la Fábrica de su Yglesia, y otras cosas semejantes.»

El Consejo Real resolvió se consultase el caso con el Emperador, que estaba en Flandes, «con que se dilató la determinacion; mas despues siendo obispo de Palencia D. Martín Aspi Sierra, se desmembró Valladolid del obispado de Palencia, por los años de mill, quinientos, y noventa, y seis, por Clemente Octavo Florentino, reynando D. Phelipe segundo, que como hijo de Valladolid a sus ruegos concedió esta gracia, de que tiene Vullas su Sancta Iglesia Cathedral, y el mismo expidió a la de Palencia la Vulla de conserbaduría, para cobrar los frutos que quedaron a su Iglesia en el Obispado de Valladolid, la que trae Pulgar, en el Libro Tercero, f.º 260 y es como se sigue.»

A continuación la Bula de 26 de feb. 1597.

La bula de erección del obispado de Valladolid la dió Clemente VIII a 25 de Nov. de 1595, dejando a la nueva sede sufragánea de Toledo, como prueba Pulgar; y «aunque se pretendio, segun dice el Liz.º Diego de Colmenares, en su historia

de Segovia que se estendiese su Dioecesi hasta Coca, quitando a su Obispado desde Mojados cinco leguas con mas de veinte Pueblos, no lo permitio el Rey Phelipe Segundo, diciendo que a aquel obispo combenía mas aumentarle que disminuirle la renta, y satisfizo al de Valladolid con otros equivalentes, y los que oy posee son la Avadía de Medina del Campo, erigida en Yglesia Colegial por el Papa Sixto Quarto, año de mill, quatrocientos, y ochenta, dedicada a S. Antolin, y tiene cinco Dignidades, doce Canonigos, y doce Racioneros, la villa de Portillo, y sus Arciprestazgos, Simancas, Tordesillas con la Abadía, que antiguamente era de Valladolid, Alaejos, etc. (1).

«Las Prebendas con que exmaltó esta Cathedral el Papa Clemente Octavo son el Dean, que su renta monta lo que dos Canonicatos, y las dignidades Chantre, Prior, Thesorero, Maestre Escuela, Arcediano, y Arcediano de Tordesillas, que no tiene renta, sino silla en el choro, por autoridad, y las demas Dignidades, como son la Magistral, la Penitenciaria, la Doctoral, y la Lectoral, estas quatro son de oficio, y se consiguen por oposicion de concursso abierto, y gozan igual renta que los Canonigos, que baldra (f. 38) anualmente mas de siete mill reales, en vn quinquenio, las Canongías son veinte, y quatro, pero no se sirben mas que las diez, y nueve, porque las cinco estan aplicadas, dos para la Fabrica, vna a los Cantores, otra a Ministriles, y otra a la Inquisicion; las Raciones enteras son seis, y la de Cantores está suprimida para ellos, que son diez, y seis entre Musicos, y instrumentos con dos Cornetas, dos Vajones, vn Sacabuche, vn Violon, vn clarin, y vn Organista, y algunos son seglares; tambien ay doce medias Raciones, diez Capellanes del Numero, y uno es Cura Parroco de la que ay en esta Sancta Iglesia, dos Sacristanes, maior, y menor, y el de la Parroquia assiste al Choro a las horas canonicas, tiene mas doce

(1) Suprimimos la relación de pueblos, ya que es la misma de González Dávila, con ligeras variantes, de las cuales son las más importantes el doble nombre Aldeanueva o Villanueva de Duero y la inclusión por Canesí de Villanubla, Puente Duero y la Overuela.

Capellanes, que cumplen las Memorias, y dotaciones, que han dexado diferentes Particulares, que son muchas, y concurren a las horas, y quatro Capellanes por las que fundó el Yll.^{mo} D. Iuan Vigil de Quiñones, Obispo de esta Ciudad, que elige el Cabildo, ay doce mozos de choro, vn Pertiguero, vn Perrero, vn Campanero, y vna varrendera, y mas vn Colegio de niños del Seminario, que sirben al Altar, y Choro, de forma que en todos ay veinte Canonigos de voto, y con el de el Yll.^{mo} Obispo veinte, y vno, seis Dignidades, seis Raciones enteras, doce medios Racioneros, y mas de cinquenta Capellanes, y asistentes, que no se pueden todos numerar, porque cada día ay nuevas fundaciones, y todos los demas referidos, que authorizan esta Sancta Iglesia, y de todos lleva la cuenta vn Maiordomo de la Messa Capitular, empleo de mucha estimacion en Valladolid.

Entre los Yll.^{mos} Obispos, y Prebendados, que hasta oy ha tenido esta Sancta Iglesia, siempre se ha professado muy buena correspondiencia, y lo mismo ha sucedido con los capitulares de esta Ciudad, de suerte que parece que el celo de su Fundador el Conde, continuamente esta inclinando a la vnion, amor, y fraternidad, con que estas dos gravissimas Comunidades se deben mirar; aunque en nuestros días algunos vapores de disgusto han pretendido obscurecer la fina recíproca atención de tantos Astros, como se veneran en cada individuo de ellas; pero sin intermission todos han trabaxado, a su maior lustroso augmento, combirtiendo en paz tranquila la vorrasca de algunas oposiciones, y velando su devocion por el mas lucido culto, como se exprimenta en su adorno, y prosecucion de la nueva Fabrica, que puede competir con las que han adquirido el renombre de exzelentes, cuia traza dio Rodrigo Gil, Señor que fue de la Merindad de Trasmiera, y el mas insigne Artifice que conoció el Reynado del Emperador Carlos Quinto, y se puso la primera piedra en vn gran pedazo de Escobar, a trece de Junio, de mill, quinientos, y veinte, y siete, la idea fué tan superior, y exzesivamente costossa, que se presumio nunca podría concluirse; con que fue preciso vajar la obra mas de seis Es-

tados, deshaciendo mucha parte fabricada, y dexandola en la forma que oy vemos, por traza de Juan de Herrera, que dio tambien la de S. Lorenzo el Real del Escorial, y al tiempo de abrir las zanjas, para asentar las primeras piedras del zimiento vrotó vn caudaloso golpe de agua, de que Valladolid se vtilizó, labrando dos Fuentes, y vn Lavadero, para veneficio comun, inmediato a las Carnizerías maiores, y poco despues cabando en otro sitio para fundamentar, se halló vn pedazo de aposento con lavores Mosaycas, y azulejos de diversos colores del tamaño de Avas muy pequeñas, obra, segun mi presumpcion de los Moros, que tantos años ocuparon a Valladolid, como dexo dicho en el libro Primero, y de lo demas de este sagrado magnifico Templo tratare en los capítulos siguientes, poniendo sus vienhechores, con todo lo demas que pertenece a su maior lustre y decoro del divino culto hasta estos días (1).

PEDRO AGUADO BLEYE



FABULAS

EL HOMBRE Y LA CAÑA

Es el hombre liviano,
como caña en el viento
(tal dice un pascaliano
pensamiento).

Fiera batalla libra
el ámbito inclemente;
pero la carne vibra
y sufre y siente,

aunque el tallo desgaje
el cierzo con su juego.
Mientras lloro mi ultraje
el hado es ciego.

(Así al humano, en ágil
prosa, iguala Pascal
con una caña frágil
y juncal).

(1) Aunque SANGRADOR, II, pág. 95 y 96, trae estas mismas noticias, no las suprimimos, porque algún detalle nuevo ofrece Canesi.

DUALISMO

- Paloma, ¿cuál es tu gracia?
—¡Volar!
—¿Y tú qué sabes, oh, cerdo?
—Gruñir y engordar.
-

LOS SIETE TRABAJOS

La araña amaña su tela.
Teje el gusano su seda.
La hormiga abasta el granero.
Cuida de la hacienda el perro.
La abeja panales labra.
La luciérnaga en su lámpara
prende una bengala azul.
Conduce el asno a Jesús.

SECRETO

De la alondra está el sapo enamorado,
y en su cerebro tenebroso casa
con los arpegios matinales de ella
su ocarina noctámbula.

¡Cuántas noches demora la vigilia
hasta el alba,
por verla y por oirla
bajo el cristal de la laguna glauca!
La alondra no lo advierte,
y canta y canta...

¡Oh, sapo incomprendido y contrahecho,
 desvelado hasta el alba!
 Pobre sapo amoroso: si yo fuera
 Dios, te daría
 alas.

FERNANDO DE'LAPI



UN DUELO ANTE CARLOS V

Para el celebrado dramaturgo J. L. Mayral.

La mayor parte de las noticias que se tienen de las justas y torneos, son a través de autores extranjeros, cuando en las crónicas de los Reyes y tratados de jineta se puede ver lo característico de esta fiesta, que antes de los toros gustó tanto al pueblo español, para que sus caballeros adiestrados en las armas, pudieran en los combates de lanza y espada ser los primeros, como lo fueron teniendo que pelear contra los moros y después en Italia a las órdenes del Gran Capitán.

Antes de verificar el torneo, probaban los caballos con armas más fuertes que las ordinarias y escogían éstos, siendo los preferidos los alazanes tostados, rucios rodados y castaños oscuros.

Era de buen tono que las empresas fueran nuevas y discretas y consistían en versos como éstos:

Para más la merecer
 la quiero sin me querer.

o estos otros:

Ciego llamo yo a aquel
 que os ve, si no se enamora,
 si deja punto ni hora
 sin teneros por joyel.

Con las armaduras, que a veces eran doradas, tenían buen cuidado fueran justas y no chapearan, para que al girar sus cuerpos lo hicieran airosamente, educando los caballos de modo que, al partir en los encuentros, lo hicieran con seguro paso y corrieran con furia y franco menudo. Con el acicate, herfan al principio, al medio y al fin de la carrera. Los petos habían de ser un poco salientes, para alentar bien, y la vista de la celada pequeña, por ser los golpes en ella de desgraciados resultados.

Los carteles de desafío solían tener estas condiciones:

No pelear fuera de las filas.

No dirigir los golpes contra el caballo y descargarlos o en el rostro o en la loriga, es decir, entre los cuatro miembros.

Se reputa mal caballero, el que hiere a su contrario en el brazo o el muslo.

No deben unirse varios contra uno, ni herir al que tenga levantada la visera.

Advirtiéndolo esto, lo mejor será transcribir uno muy curioso, celebrado ante el Emperador en una plaza de Valladolid, que conserva el sabor de época.

Consistió en un juicio de Dios o combate singular entre dos caballeros.

Para esto, hicieron una estacada de cincuenta pasos de largo y treinta y seis de ancho. Las estacas espesas y trazados tenían cinco pies fuera de la tierra. Y otro orden de estacas de seis pies. Entre estos dos órdenes de estacas, había un espacio de dieciocho pies, y en medio se hacía una plazuela como una era. Pusieron en ella dos tabladillos, uno enfrente de otro, que cogían la plazuela en medio. En uno de estos tablados, ricamente adornados con paños de oro y seda, estaba una muy rica silla y su alfombra de seda y otra de oro, y sobre la silla un dosel de brocado.

La una era para el Emperador, la otra para el Condestable. A los otros lados, como en cruz, estaban dos tabladillos o tronos, uno enfrente de otro, adornados, pero no tan ricos como

los otros dos. Estos eran para los parientes y amigos de los dos que habían de pelear. A los lados de éstos, cerca de cada uno, había una tienda en la cual se había de armar el caballero de la batalla.

La pelea y el campo de la pelea estaba muy bien empedrado y cubierto de arena, para que no resbalasen.

Habíanles señalado la hora de las once para la pelea. El primero que vino fué el Emperador y se puso en su trono. Diéronle en la mano una vara de oro, para que cuando Su Majestad quisiese que se acabase la pelea, la arrojase en la plaza. Iban delante del Emperador los caballeros de su casa y Grandes de la Corte y Embajadores de Príncipes con todos los de su guarda. Detrás iban los trompetas, añafiles y tambores de guerra. De allá a poco, vino el Condestable, cuyas canas autorizaban mucho su persona, porque ya era de más de sesenta años, si bien de entera salud y brío, y de tan buen talle, que nos mostraba bien quién era.

Trafa vestida una ropa larga de tela de oro, sobre un hermoso caballo español ricamente enjaezado. Acompañábanle cuarenta caballeros nobles, vestidos todos de paños negros de seda, y los caballos, con cubiertas de sarga de color azul oscuro. Llevaba delante del Condestable, como de Capitán General del Reino y Justicia mayor, una espada metida en la vaina (porque estaba el Rey presente). Luego seguía al que llevaba la espada, el Herald o Rey de armas, con la cota de armas, vestida de la casa de los Velascos, que esto se tomó en España de las costumbres y usos antiguos de los romanos en semejantes desafíos y empresas de armas. Como llegó el Condestable a la Plaza, en llegando al trono donde el Emperador estaba, le hizo una gran reverencia, y hecha, se volvió al trono o sitial que para él estaba aparejado y sentóse en la silla. La guardia toda del Emperador de a pie y de a caballo cercaron la empalizada sin dejar llegar a ninguno. Luego salió D. Pedro de Torrillas, el desafiador, acompañado del Rey de armas. Era su padrino el Almirante de Castilla. Acompañábanle el Duque de

Béjar, el de Alburquerque y otros muchos varones e ilustres. Iba vestido Torrellas de un vestido corto de oro y seda forrado en martas. Llevaban delante de él un hacha de armas y con un estoque y rodela en que iban pintadas sus armas con que había de pelear. Traía fijada en la rodela del cartel, donde estaban escritas las condiciones del duelo. Púsose ante el Emperador, y hecha la reverencia, volvió a donde estaba el Condestable y hízole su acatamiento y con esto se fué a su tienda.

Luego entró en la plaza Jerónimo de Anca, el desafiado por Torrellas, vestido de la misma manera, sino que el forro de los vestidos era de armiño. Acompañábanle su heraldo o rey de armas. Llevó por padrino al Marqués de Brandeburgo. Acompañábanle el Duque de Nájera y el de Alba y el Conde de Benavente, el Marqués de Aguilar y otros muchos grandes caballeros. Llevaban delante de las armas y insignias de su casa (como dije) de Torrellas. Hecha la reverencia al Emperador, y el acatamiento al Condestable, se fué a su tienda. Trajeron luego las armas y escudos y insignias militares con que había de pelear y colgáronlas ante el condestable. Luego llamó el Condestable a los caballeros combatientes y teniendo un sacerdote el misal en las manos juraron sobre él, a Dios y a los santos Evangelios, y en la cruz que tocaron, que entraban en aquella pelea por defensa de su honra y que era justa la causa que los movía y no otra cosa, y que no harían mala guerra peleando fraude ni se aprovecharían de hechizos ni de otra mala arte, ni de yerbas, ni de piedras, sino que pelearían lisa y llanamente con aquellas armas, aprovechándose sus fuerzas y destreza de sus cuerpos, esperando el favor de Dios, de San Jorge y de Santa María, en quienes confiaban que habían de mirar por su justicia.

Luego cada uno de los padrinos trajo en un arca cerrada las armas ante el Condestable.

El Condestable las miró y mandó pesar así las espadas y hachas y armas como los arneses y celadas, que se habían de poner.

Luego las mandó poner en un peso, porque no habían de

pesar las unas más que las otras, ni podían tener menos de 60 libras las armas de entrambos. Y hecho esto llevaron ante caballero sus armas. Y luego fué a cada una de las partes un caballero a ver cómo cada cual se armaba, porque estuviese cada uno seguro, que se ponía más que las que el Juez había dado. El caballero que iba a requerir y mirar las armas era del partido contrario. Hecho esto, bajó el Condestable de su silla a la plaza, y con mucha autoridad, mandó poner en orden todas las cosas.

Luego, acompañado de doce caballeros, se puso en un ángulo de la plaza frontero de donde él estaba. En cada uno de los otros dos ángulos, puso cada tres caballeros. Luego tocaron las trompetas y el pregonero mayor del Emperador puso en cada uno de los cantones de la plaza pregones diciendo: «Manda el Rey a su Condestable, que mientras aquellos caballeros pelearen, ninguno so pena de la vida levante ruido ni dé ánimo a los combatientes, con palabras o voz, ni movimiento, ni silbo, ni señal con la cabeza o mano o con algún semblante del cuerpo o con otra cualquiera manera ayude o espante, anime o desanime o distraiga o le encienda en cólera o le haga tomar o dejar las armas, salvo aquellas que para esto son señaladas.» Dados los pregones, salió Torrellas de su tienda armado de todas las armas acompañado de su padrino. Traía en la mano un hacha de armas antigua y a su lado tenía la espada. Preguntóle el Condestable: ¿quién sois, caballero, y por qué y en qué causa habéis entrado armado en la Plaza? Respondió quién era y dijo la causa de su contienda, que quería determinar por armas. Mandóle el Condestable levantar la celada y descubrir el rostro y conocido lo admitió. Volvió a calar la celada y mandóle poner en una parte de la plaza, donde los tres caballeros que estaban en guarda le tomaron en medio. Luego fué el Condestable a la parte donde estaban los doce caballeros y sentóse entre ellos.

Salió D. Jerónimo de Anca de su tienda, de la manera que su contrario, armado y acompañado, y fué donde estaba el Condestable, y lo recibió y usó con él de las mismas ceremonias que

había hecho con Torrellas y lo mandó en la otra parte de la plaza frontero de su contrario entre los tres caballeros que allí estaban; luego se fué el Condestable a su tablado y sentóse en la silla. De ahí a poco volvió a sonar la trompeta y los caballeros que habían de pelear y los padrinos con ellos se hincaron de rodillas e hicieron oración a Dios implorando su ayuda, y hecha, los padrinos abrazaron cada uno a su caballero dándole ánimo para que pelease como quien era y despidiéndose de ellos volvieron a sus tiendas. Tocaron las trompas que era ya la señal de la pelea, y Torrellas comenzó a caminar para su contrario animosamente. Arrancó también con buen semblante Anca, si bien con paso más sosegado. Como se juntaron, a los primeros encuentros hirió Torrellas a Anca tan reciamente en la cabeza que le hizo volver algo atrás aturdido. Volvió Anca sobre sí y recurrió sobre Torrellas con otros golpes semejantes. Pelearon de esta manera animosamente un buen rato, y abrazándose o asiéndose el uno del otro, se dieron a mantenientes grandes golpes.

Quebradas las hachas, comenzaron a luchar a brazo partido, y viendo el Emperador cuán buenos y valientes caballeros eran y que era lástima que ambos o uno muriese en batalla tan sin fruto, pareciéndole que los caballeros habían hecho su deber, volviendo por la reputación de su honra, arrojó su vara dorada que en la mano tenía en medio de la plaza en señal de que su Majestad quería que cesase la pelea. «Después trataron de reconciliarlos, siendo en vano amonestados muchas veces, teniendo que castigarlos y encerrarlos en un castillo.»

Tal es un juicio de Dios que relata Sandoval y uno de los últimos que se celebraron al final del siglo XV; después las armas que se emplearon eran de las llamadas galantes o botas, y aun así, algunos se herían con aplauso de la multitud, a la que se arrojaban monedas de cobre y dulces secos en los intermedios de la pelea.

Los procuradores en Cortes pidieron que se conservasen las telas, celosos de que sus caballeros, que se habían afi-

cionado al estudio, no dejaron el ejercicio de las armas en los tiempos en que los españoles tenían guerras en toda Europa y América.

MARIANO DE SANTIAGO CIVIDANES

Salamanca.



LOS LUSÍADAS

CANTO IX—ESTROFAS 64-82

- 64 En tal fresco solaz desembarcaban
de las naos los segundos argonautas,
donde por la floresta se dejaban
andar las bellas diosas, como incautas.
Algunas, dulces cítaras tocaban,
algunas, harpas y sonoras flautas,
tal vez con arcos de oro otras fingían
a las bestias seguir que no seguían.
- 65 Así lo aconsejó Venus experta,
que en el campo anduviesen derramadas;
que, vista del varón la presa incierta,
se le hicieran primero deseadas.
Algunas que en la forma descubierta
del bello cuerpo estaban confiadas,
puesta la artificiosa hermosura,
nudas se hacen lavar en agua pura.
- 66 Mas los fuertes mancebos que en la playa
ponían los pies, de tierra codiciosos,
(pues no hay ninguno de ellos que no vaya
de encontrar caza agreste deseosos),
no cuidan que sin lazo o rede caya
caza en aquellos montes deleitosos,
tan suave, doméstica y benigna
como que herida estaba de Ericina.
- 67 Unos que en espingardas y ballestas
para herir en los ciervos se fiaban,
por las sombrías matas y florestas
determinadamente se lanzaban;

a sombra otros que en las altas siestas
defiende la verdura, paseaban
del agua al margen en que suave y queda
corre entre piedras a la playa leda.

- 68 Comienzan a otear súbitamente
tropel entre el ramaje de colores,
colores que la vista juzga y siente
que no lo son de rosas ni de flores,
sino de lana fina y seda ardiente,
que más la fuerza incita en los amores,
de que se visten las humanas rosas
haciéndose por arte más hermosas.
- 69 Da Velloso espantado un grande grito:
«Señores, caza extraña—dice—es ésta;
«si dura aún el antiguo y gentil rito,
«a las diosas sagrada es la floresta.
«Más descubrimos que el humano espíritu
«vió nunca; y bien se manifiesta
«que son grandes las cosas y excelentes
«que el mundo sólo guarda a los prudentes.
- 70 «Sigamos estas diosas, y veamos
«si fantásticas son, si verdaderas.»
Esto dicho, veloces más que gamos
se lanzan a correr por las riberas.
Las ninfas de huída van entre los ramos;
pero, más industriosas que ligeras,
poco a poco riendo y gritos dando,
se dejan de los galgos ir cercando.
- 71 De una el cabello de oro el viento lleva,
de otra las faldas alza delicadas;
enciéndose el deseo, que se ceba
en albas carnes súbito mostradas;
una de industria cae, y ya releva
con muestras más benignas que indignadas,
que en ella tropezando también caya
quien la siguió por la arenosa playa.
- 72 Otros por otras partes van a dar
con las diosas desnudas que se lavan;
ellas comienzan súbito a gritar
como que asalto tal no se esperaban.
Unas fingiendo menos estimar
el pudor que la fuerza, se lanzaban
por entre matas, a los ojos dando
lo que van a las manos denegando.
- 73 Otra como acudiendo más de priesa
al pudor de la diosa cazadora,
sume el cuerpo en el agua; otra se apresa
por tomar los vestidos que no añora.
Tal de los mozos hay que se arremesa
sin desnudarse, así (pues la demora

- de hacerlo teme que le impida y tarde)
a ahogar en agua el fuego que en él arde.
- 74 Cual can de cazador sagaz y ardido
hecho al ave en el agua mal herida,
viendo en el rostro el férreo caño erguido
contra el pato o la garza conocida,
antes que suene el tiro, mal sufrido
salta al caz sin dudar en la partida,
nadando va y latiendo: así el mancebo
a la que no llamara hermana Febo.
- 75 Leonardo, soldado bien dispuesto,
mañoso, caballero y namorado,
a quien no mostró amor severo el gesto,
pero siempre de él fuera maltratado
hasta tener por firme presupuesto
ser en amores mal afortunado,
por más que aún no perdiese la esperanza
de su hado poder haber mudanza.
- 76 Quiso aquí su fortuna que corría
tras dē Éfire, ejemplo de blancura,
que más caro que otras dar quería
lo que dió para darse la natura;
y cansado corriendo le decía:
«oh indigna de aspereza hermosura,
«pues de esta vida entrégote la palma
«espera un poco de quien tienes l'alma.
- 77 «Todas de correr cansan, ninfa pura,
«rindiéndose al poder de su enemigo;
«sólo tú huyes de mí por la espesura?
«quién te dijo que soy yo quien te sigo?
«Si te lo dijo acaso la ventura
«que siempre a vuelta—ay!—anda conmigo,
«oh no la creas, que cuando la crefa
«mil veces cada hora me mentía.
- 78 «No canses, que me cansas; y si quieres
«huir para que no pueda tocarte,
«es mi ventura tal que cuando esperes,
«ella lo hará que no pueda alcanzarte.
«Espera: quiero ver, si tú quisieres,
«qué sutil modo busca de escaparte,
«y notarás al fin de este suceso
«*tra la spica e la man qual mura è messo.*
- 79 «Oh no me huyas! Así nunca el breve
«huya tiempo jamás de tu hermosura!
«que sólo con frenar el paso leve
«del hado vencerás la fuerza dura.
«Qué emperador, qué ejército se atreve
«a la furia quebrar de la ventura,
«que en cuanto deseé me va siguiendo,
«—solo en ti está el pararla no me huyendo.

- 80 «También de tí la mi desdicha fia?
 «—flaqueza es dar ayuda al más potente!
 «llévasme un corazón que libre había?
 «—suéltalo y correrá más libremente!
 «acaso no te pesa el alma mía
 «que en esos hilos de oro reluciente
 «atada llevas, o, después de presa,
 «se muda su ventura y menos pesa?
- 81 «Solo con la esperanza voy siguiendo
 «que o tú no sufrirás el peso de ella,
 «o la virtud de tu semblante viendo
 «le mudará la triste y dura estrella.
 «Si así ha de ser, no vayas más huyendo,
 «que el Amor te herirá, gentil doncella;
 «y tú me esperarás si amor te hiere;
 «y si me esperas, qué más hay que espere?
- 82 Ya no huía la bella ninfa tanto
 por dar la cara al triste que seguía,
 como por ir oyendo el dulce canto,
 las enamoradas quejas que decía.
 Volviendo el rostro ya sereno y santo,
 toda bañada en risa y alegría,
 caer se deja al pie del vencedor
 que todo se deshace en puro amor.



SOLILOQUIO

¡Oh vieja parra de mi huerto
 que ayer tus ubres me ofrendaste,
 nodriza de mis bellos sueños
 nacidos bajo tu ventalle!

Hoy he venido para verte,
 vieja parra. Esta tarde,
 sin trinos y casi sin sol,
 llena de cierzos otoñales.

...¿Lloras? Tus hojas ayer verdes
 como lágrimas gualdas caen.

El sol se va por el ocaso
sin darte un beso—¡el sol, tu amante!—
El sol parece un peregrino
lleno de lacras y de azares.

¿Ya no te acuerdas, sol enfermo,
de aquella luminosa tarde
en que de amor la poseíste
y sus entrañas fecundaste?

Hoy sois ante el cielo hostil
viejos mendigos implorantes.
¡Oh sol de ocaso!, fiel amigo
de mis nostalgias y saudades,
que vas tus rayos apoyando
sobre los pálidos tapiales,
y tú, ¡parra vetusta y dolorida!
—santa como una anciana madre
cuyos hijos murieron...—

Mientras

lloráis a solas vuestros males,
yo quiero daros mi limosna
de amor,

viejos mendigos de la tarde.

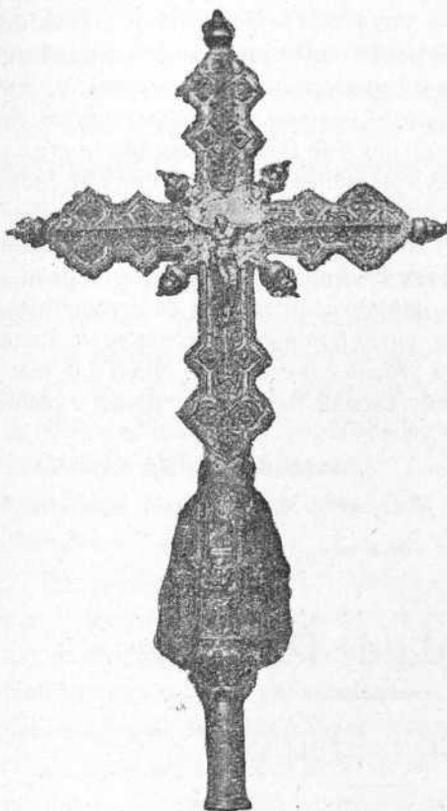
LOPE MATEO

Otoño - MCMXXIII



La Cruz procesional de Santa Cruz, de Ríoseco

Obra maestra de la orfebrería castellana, es la rica cruz procesional de Santa Cruz, de Ríoseco. Su técnica señala la decadencia del estilo gótico; fué cincelada en los primeros años del siglo xvi, cuando a Castilla llegaban con los artistas del norte las nuevas modalidades renacentistas.



La cruz es de plata sobredorada con los brazos de chapa finamente repujados; el crucifijo, blanco bruñido, se destaca sobre el fondo oro brillante; en el reverso hay una estatua de la Virgen con Jesús en los brazos, de expresión serena y majestuosa, que recuerda las bellas figuras de los pórticos de nuestras catedrales. La parte de mayor trabajo de cincel es la maza, de dos cuerpos, formados por ocho pequeñas hornacinas, donde el artifice copió en el fondo de cada una la sutil filigrana de un

ventanal, y bajo doseletes y columnillas coloca la figura de un santo con acentos de ternura inefable.

El trabajo de cincel es notable por la regularidad y corrección de forma no menos que por su buen gusto. ¿Quién es su autor? Quizá uno de los artífices de la célebre escuela valliso-

letana que por aquella época enriquecían con admirables joyas las iglesias rurales.

En el archivo parroquial, los documentos empiezan en el año 1558. Los libros de fábrica dan puntual referencia de los plateros restauradores. El primer nombre que aparece anotado es el del artífice Melchor González, vecino de Medina de Río-seco y gran amigo de Antonio de Arfe, que arregla unos pequeños desperfectos; más tarde, en 1609, se dan «seis mil y doscientos maravedis que dijo aver gastado Juan 'de Villalobos en aderezar la cruz de la yglesia doralla y poner pedacitos que faltava»; en 1689 se lleva a Valladolid y se le paga a Juan de Oviedo, platero, «quarenta y seis reales por el adereço que hizo en la cruz grande de plata y componer unas vinageras»; y, por último, en el «Libro Inventario» leemos: «Cruz parroquial de plata con el mastil de lo mismo es de filigrana dorada la cruz y maza y el Crucifijo y remates en blanco los clavos con que estos terminan dorados, no falta pieza ni clavo alguno, en el 1895 se colocaron cuantos remates y piezas faltaban, se puso armazón nuevo y se limpió a fuego y bruño, quedando como nueva.» A nuestro juicio, hecha la restauración con poca escrupulosidad, de una manera burda, en algunas chapas rompe la línea del bello adorno vegetal la gruesa cabeza de un clavo o la hue-lla del martillo manejado con escasa destreza... ¡Quedó como nueva!

ESTEBAN GARCÍA CHICO



La Hacienda de Poca-Prisa

CUENTO CASTELLANO

Comentábase jocosamente en Junquillo de la Valduerna, la pigricia, el abandono, la calma y el desenfado de *Poca-prisa*, que por tal remoquete era conocido Bernabé de la Peñuela, en tiempos opulento labrador, con cuatro pares de mulas, pingües hectáreas de labrantío y viñedos, amén de la casa solar, en

cuya fachada gallardeaba la herrumbre de un amplio balcón con vistas a la plaza del lugar, donde es notorio asientan su planta las viviendas de ricachos e infanzones.

He dicho que *Poca-prisa* fuera en tiempos rico hacendado, con vislumbres y toques de señorío, y, aun agregaría que descendiente de la más fina y rancia nobleza del lugar, si no temiera eclipsar con el brillo de las blasonadas ejecutorias de su estirpe, el menguado esplendor que le restaba al último vástago de tan preclaro linaje; pues Bernabé de la Peñuela poseía en la actualidad unas cuantas *iguadas* de tierra, casi improductivas, no por la mala calidad de ésta, sino por la incuria de aquél, el cual veía tranquilo, sereno, cómo su cuantiosa hacienda era sorbida por las fauces de prestamistas y reoveros.

Era el de la Peñuela mozo de buen ver; de complexión recia y viril, aunque de movimientos cazarros y desvaídos; tenía cetrina la color, agudo el mirar de sus ojos pardos y de encendida rojez los labios gruesos y sensuales.

La característica de *Poca-prisa* era un marcado desdén hacia todo; solamente a la vista de una buena moza, su natural de ordinario perezoso recobraba actividad y energía; y era de ver la presteza y gallardía de su cuerpo cuando emprendía la búsqueda y conquista del amor de la hembra que electrizará sus sentidos.

Por tales malandanzas y caprichos, susurrábase en el lugar que la cuantiosa hacienda de los hidalgos de la Peñuela, se hallaba en sus postrimerías y acabamientos, y aun añadían los maldicientes que dichos apetitos, desórdenes y regostos, no eran ajenos al desmadejamiento y laxitud perezosa de Bernabé.

De entre los cofrades de la usura y de la piratería, pertenecientes a la secta de los vampiros, que se disputaban la posesión de los caudales de *Poca-prisa*, destacaba el tío Cirilo, el *Apañao*, así designado en el pueblo y sus alrededores, sin duda, por lo bien que entre su zarpa apresaba los últimos restos de la fortuna del hidalguillo de la Peñuela, amén de otras muchas, que iban redondeando la dote de su única hija: moza bellísima,

gallarda, pomposa y colmada de formas, como una recia venus campesina.

A la vera de dos hectáreas de tierra, propiedad de Bernabé, tenía el tío Cirilo—que, de paso sea dicho, era frío, ambicioso y cauto—otra finca de igual cabida, separada de aquélla por un pequeño lomo o acirate, de tan escasa elevación que un día, un pequeño empuje del arado del *Apañao* bastó para unir las dos tierras colindantes: a partir de este instante, la reja que borrara la señal divisoria, fué metiendo, surco arriba, surco abajo, buena parte de la tierra del vecino en la suya propia.

Veíalo impasible *Poca-prisa*, el cual diariamente acudía a dar un vistazo a su finca, que poco a poco tornábase estrecha linde, por obra del arado del *Apañao*; y como éste notara el poco aprecio que de las mermas de su heredad hacía Bernabé, se afanaba, codicioso, en perfilar nuevos surcos en pro de la suya, que se iba esponjando, ancha y pingüe, a costa de aquélla.

—Se trabaja, tío Cirilo, se trabaja ¿eh? ¡Hace usted bien!—decíale, frecuentemente, el imperturbable pigre.

—A ver qué vida, Bernabé—contestaba el vecino—*Pa eso* tú. ¡Recontra! y qué vida más *güena te tiés*; aunque ya podías trabajar lo tuyo.

—Ya lo trabajo, ya, tío Cirilo, y, Dios mediante, espero buen fruto, si no se malogra.

Quedábase suspenso el *Apañao* al oír la réplica de *Poca-prisa*, dudando de si sería una alusión a su faena de aprovechado, o una broma del mozo, alardeando de su vivir, en perpetua holganza.

Y de esta guisa, tranquilo, sereno, sin parar mientes en las mermas de su finca, el uno; solapado, codicioso y tartufo, metiendo surcos y engrosando la suya el otro, pasó la sembrera, finalizó el invierno y asomó la riente primavera, posando su mirada de luz por los campos de Castilla, que comenzaron a verdeguear sin que el calmoso Bernabé hiciera alusión alguna al tío Cirilo, del expolio de su finca. Ésta, que era de excelente calidad, se cubrió de apretadas macollas, y al correr de

unos meses fueron lozanas espigas rubias que, en los días fogosos y abrasadores del estío, se estremecían, crugientes, añorando ser quebrantadas por los guijos del trillo, en las eras del lugar.

En efecto; una radiante alborada, cuando el arpegio de la alondra entre los dorados frigales saludaba al orto del sol, cabe un extremo de la finca de *Poca-prisa*, las rielantes cuchillas de la máquina segadora del *Apañao* empezaron a cercenar la reseca mies, que, dulcemente, moría en la besana.

Mas presto hubo de suspender la tarea el codicioso *Apañao*: hacia su finca caminaba, a grandes zancadas, con el torso erguido y el gesto fanfarrón, *Poca-prisa*, mientras voceaba, fuerte y rotundo:

—¡Eh! ¡¡Eh!! ¡¡¡Tío Cirilo!!! ¡Suspenda la tarea, que en mi finca mando yo, y procure trabajar en la suya!

Quedóse inmóvil y como atontado el segador, al notar el acento aplomado y serio de las frases de su convecino; no obstante, su codicia le indujo a balbucir, entre risueño y cariacontecido, con dejo calmoso:

—Hombre... no sé qué *icirte* al *respetive* de la cosa; pero, me *paece q'el* arar la tierra, *esparramar* la simiente y estar, tan y mientras, *entranquilo* y *esconfiao*, por si nace u no nace, medra u no medra, grana u no grana, bien merece *q'al* cabo de tanto *escaezamiento*, recoja el fruto.

Socarrón, con acento finamente agresivo, replicó el hidalgüelo de Junquillo de la Valduerna:

—Sus palabras de usted, tío Cirilo, son el evangelio; yo también estuve intranquilo y desconfiado por si mis trabajos y afanes se malograban; pero, en vista de que no ha sido así, por el fruto *de lo mío* vengo.

—¿De lo tuyo..., ¡maldito *holgacián*?—dijo encolerizado el tío Cirilo—¿*Pos qué* has *trabajao* tú?

—Yo trabajé *lo mío*, y con tan buena suerte, que ha nacido, ¡vaya si ha nacido!... y sinó, corra hasta su casa, donde a estas fechas tiene usted berreando a un robusto nieto.

El usurero abrió un palmo de boca ante la noticia, que cayó apabullante en sus oídos, en los cuales comenzó a sentir un sordo bordoneo, como si un importuno moscardón hubiera entrado en ellos.

Por fin, carraspeando para barrer la saliva atragantadora que llenaba la garganta, barbotó:

—¡Granuja!... ¡Asin *f'has apropiado* de lo mío!

—Como usted de lo que no era suyo, tío Cirilo—habló *Poca-prisa*, imperturbable, sereno, calmoso, haciendo honor a su remoquete.

—¡*M'hijajj*! La mejor moza de *toa* la Tierra de Campos, *paft!*—aulló el *apañao*—¿Con qué merecimientos *las lograo, holgacián?*

Poca-prisa arguyó irónico:

—Mi tierra, en calidad y valía, no iba a la zaga de la buena moza, y usted se ha hecho dueño de ella no más que con hincar el arado, surco arriba, surco abajo... Así que, estamos iguales, tío Cirilo; y, ahora—agregó Bernabé risueño—cáseme yo con la moza, que es hermosa y fecunda como mis perdidas haciendas, y recupere con ella lo que usted tan mal ganó.

El *Apañao* bajó la cabeza y no hizo objeción alguna a la réplica de *Poca-prisa*, pensando que éste había andado demasiado ligero, pese a sus marrullerías de viejo campesino castellano.

AGUSTINA L. DE REGLERO



LITERATURA PERUANA

LEONIDAS N. YEROVI

No pretendo hacer un juicio crítico de la obra literaria del más fino humorista peruano contemporáneo, desaparecido trágicamente en las calles de Lima no ha muchos años.

Cuando, como en este caso, se trata de divulgar el nombre de un poeta desconocido, vale más que escudriñar los valores intrínsecos de su estro, presentar al certero criterio del público lector sus más felices producciones que dejaron honda huella en nuestro espíritu.

Para la literatura peruana de nuestros días, Leonidas Yerovi es el poeta festivo nacional por excelencia. Lo que muchos verificadores retóricos y ampulosos, enciclopedistas de la ignorancia, como diría Gorky, no pudieron alcanzar en toda su vida, Leonidas Yerovi, lo consiguió bien pronto al destacarse entre la fauna literaria americana, con su poesía punzante y vigorosa, salpicada de gracia ingenuamente picaresca y maligna.

La candorosa vida del poeta, vida de lucha, de pasión y de combate, se truncó de repente en manos de la Fatalidad, de esta cómoda señora Fatalidad que ha adquirido tanta ciudadanía en la moderna delincuencia. A pesar de su breve juventud, Yerovi realizó una labor fecunda y múltiple, esparcida en su desordenada vida de periodista. Ricardo Palma, el inmortal autor de las «Tradiciones Peruanas», dice a propósito: «Obras teatrales, artículos de costumbres, poesías exóticas y de carácter íntimo, toda la rica y variadísima labor de Yerovi, lleva el sello inconfundible de su personalidad, la marca genial de quien fué, entre los escritores jóvenes, preclaro representante de esa modalidad tan nuestra, que Riva Agüero y Ventura García Calderón han llamado el *criollismo en la literatura*.»

Desde las columnas de su diario, fustigaba los vicios nacionales con la ironía mordaz del venerado maestro Unamuno, y en las primeras revistas limeñas ofrecía a sus admiradores numerosos los frutos preciados de su ingenio y las galas luminosas de su intelecto,

Corazón generoso y alegre, mezcla la nota amarga de las almas degeneradas con el perfumado licor de su espíritu juvenil y coquetón:

PECADORA

I

En medio a la borrasca de la orgía
se levantó la horizontal y dijo:
—Bebo... por el sagrado Crucifijo
que de mi pecho en mi niñez pendía;

por el supremo instante de agonía
del sér que el sér me diera y me maldijo;
por el rubor quemante de mi hijo
cuando me llama a solas «madre mía»;

por las amargas hieles de mis gozos,
por el frívolo amante que me besa...
por la alegre reunión que me acompaña...

Y explotado el pecho de sollozos,
se detuvo y quebró contra la mesa
la finísima copa de champaña.

II

Junto al blanco mantel se irguió un amante
y dijo:—Por las bellas pecadoras
que entregan al amor sus breves horas
con la sonrisa ambigua del farsante;

por la mujer voluble e inconstante
que acude a las orgías turbadoras
y se arrepiente en todas las auroras
con arrepentimiento de bacante;

por la lejana fecha de sus bodas,
por el niño que tuvo en su regazo;
porque como ella se arrepientan todas

¡pero todas tan tarde como ella!...
Y detonó en la sala un taponazo
alegre y triunfador de otra botella.

Vive la inconstancia del mundano y no vacila en declararnos que su amor es apenas una flor que dura una mañana. La sangre del eterno Don Juan, fluye copiosa en sus venas:

RECÓNDITA

Como un ir y venir de ola de mar,
así quisiera ser en el querer:
dejar a una mujer para volver,
volver a una mujer para empezar...

Golondrina de amor en anidar,
huir en cada otoño del placer
y en cada primavera aparecer
con nuevas fibias alas que brindar...

Esta, aquélla, la otra... Confundir
de tantas dulces bocas el sabor
y al terminar la ronda, repetir...

Y no saber jamás cuál es mejor...
Y, siempre ola de mar, ir a morir
en sabe Dios qué playa del amor...

En algunos versos de Yerovi, de ruda imperfección en la forma, hay un fondo sicológico de prodigiosa fluidez. Así lo advierto en la siguiente composición titulada *Las bromas de la Aldea*:

Eramos veinte mozos en la aldea,
veinte mozos bromistas y valientes
y tumultuosos, entre aquellas gentes
(nuestros padres) sencillas.

Con la idea
cierta vez de nutrir nuestro contento,
salimos al extremo del camino
árido y polvoriento
y vimos que llegaba un peregrino.

Tenía ojos de Cristo bondadoso
y crespas barbas luengas de ermitaño
y apoyaba el cansancio en su nudoso
bordón.

Como era, por su aspecto, extraño
 e interesante, y además pudiera
 dar pábulo a una broma deliciosa
 que se hiciera famosa
 y celebrara la comarca entera,
 a la vera asoleada del camino
 detuvimos el paso al peregrino,
 y, para comenzar,
 cuando todos en corro le cercamos:
 —¿Qué venís a buscar? le preguntamos
 y así contestó:

—Vengo a buscar
 un seno de mujer donde posar
 las sienas fatigadas de latir,
 un seno de mujer para soñar,
 un seno de mujer para dormir;
 un pecho donde silenciosamente
 seque el dolor las lágrimas que ruedan
 bajo unos labios de piedad que puedan
 darme un beso de paz sobre la frente;
 un pecho de mujer cálido y puro
 donde poder morirme reclinado,
 un pecho de mujer como un seguro
 puerto de castidad entre un pecado;
 un seno de mujer
 que me retorne al sér
 infantil de los años idos ya;
 un seno de mujer tan casto y tierno
 que tenga dejos de sabor materno
 y yo murmure al reposar: mamá...

Así dijo el viajero...

Nos miramos;
 sonó una risotada contenida,
 sonaron veinte luego, y en seguida,
 como no lo entendimos, lo apedreamos...

Yerovi vivió la loca bohemia de su juventud atormentada,
 bebiendo insaciable en el fino y espumoso cáliz de Verlaine.
 En horas de quietud y de calma se inspira en nuestros clásicos
 y escribe madrigales tiernos que saben a mieles y azahar:

¡Nadie como ella! Tenfa
 la niña que me quería
 los ojos de quemazón,
 la boquita de turrón
 y el aliento de ambrosfa,
 y cuando yo la ceñía
 la delicada cintura,
 era tan dulce locura
 la que mi sér posefa,
 que hasta en el alma sentía
 sus ojos de quemazón
 y entraba en mi corazón
 el aliento de ambrosfa
 de su boca de turrón.

Pero en su jardín interior, el poeta ha construído un invernadero para la planta que más cuida. Tiene para ella todos los amores de viejo jardinero y cuando expone el perfume de su flor a las alas del viento o a las zarzas y osamentas del camino, es el más fiero y el más celoso de los guardianes:

La inextinguible damita
 que llevo en el corazón,
 es gentil y es menudita
 y se llama (por bonita)
 la señorita Ilusión.

Tiene los ojos traidores
 y tiene labios traviesos
 y, exaltando sus primores,
 dos hoyuelos tentadores
 como dos nidos de besos.

Mínima, breve, hechicera,
 sólo sabe lo que vale
 quien en la calle la viera,
 pues cuando a la calle sale
 parece que el sol saliera.

.....
 Tan breve es la señorita
 que cabría en un bolsón,
 y cuando acude a la cita
 todos dicen: ¡Qué bonita
 la señorita Ilusión!

Cuando sale de paseo,
yo la sigo por recreo
cercana y golosamente
gozándome en el deseo
que va encendiendo en la gente.

Y si la requiebra alguno
siento el deseo bravío
de declararle al muy tuno:
— ¡Pero, señor, qué importuno!
¡Pero, señor, si eso es mío!

Cuando el plomo homicida apagó el ánimo del poeta, el pueblo de Lima, a manera del pueblo español cuando muere un guerrero o un polifíco, acompañó en masa sus restos hasta la última morada. Y es que a los méritos de Yerovi se unían en ese instante las consideraciones de que goza el intelectual en América, el hombre que educa las muchedumbres y que ilumina la penumbra de la conciencia popular.

En la América española, Leonidas Yerovi es altamente apreciado. Al presentarlo hoy al público intelectual vallisoletano, véase en estas líneas, a la vez que un tributo de cariño para el compatriota muerto y unas cuantas hojas de ciprés melancólico y de glorioso laurel, véase repito, un homenaje de admiración a la obra divulgadora y fecunda, que, desde esta REVISTA CASTELLANA, realiza D. Narciso Alonso Cortés, poeta y literato español, cuya fama bien conocida en todos los pueblos de la raza, es tan grande y tan pura como la inmaculada blancura de su modestia.

VÍCTOR PÉREZ SANTISTEBAN

En Valladolid y en Mayo de 1924.



Un libro de Rubió y Lluch

Ya famoso por *Lo Gayter del Llobregat*, D. Joaquín Rubió y Ors vivió en Valladolid desde 1847 hasta 1858. En nuestra Universidad desempeñaba la cátedra de Literatura, ganada en la lid de gallarda oposición.

Esos diez años fueron de consolidación y depuración en la obra de noble catalanismo emprendida por Rubió y Ors. En 1841 había éste publicado su libro de poesías, formado por las apariciones en el *Diario de Barcelona* y otras nuevas; y cuenta Mañé Flaquer que los literatos catalanes jóvenes, al ver que en aquellos versos renacía el espíritu poético de su idioma y de su raza, sacaban cien copias de cada poesía y se las arrebatában afanosamente. Pero Rubió y Ors no había hecho alto en su camino. En 1859 publicó la segunda edición de *Lo Gayter del Llobregat*—tengo el ejemplar que dedicó a un su colega de esta Universidad—, y en él insertaba nuevas poesías, varias de ellas escritas en Valladolid.

También cultivó por entonces las letras castellanas. En 1848 leyó en nuestra Universidad el discurso inaugural, sobre el tema *Los humanos conocimientos han de tender a robustecer las enseñanzas del cristianismo*. Escribió a lo menos una poesía en *fabla antigua*, dedicada *A S. M. la Reyna Donna Isabel*, y otra dedicada a la que fué luego su esposa. Mas era en su lengua nativa en la que, con más eficacia que nunca, expresaba sus emociones por el alejamiento de la patria y de la mujer amada:

¿Perqué avuy son eternas las horas
Que passavan poch ha tan depressa,
Y dels cels y dels camps la bellesa
Vuy no etxisa mon cor com ahí?
Sens' color y sens' vida los mira
Mon trist cor que una espina traspassa,
Com de boyras lo vol que lluny passa
A amagarse dels raigs del malf.

Rubió y Ors, ya con su esposa, vivió primeramente en la calle de la Cárcaba, que hoy lleva el nombre de Núñez de Arce, aunque deba dudarse, por razones que no son del caso, de que el autor de *El vértigo* naciera en ella; luego en la plaza de San Miguel, casa de doña Hipólita Gardoqui; y, por último, en la de la Orden—hoy desaparecida, entre la de Colón y la de Francos—, donde estableció un colegio. En el primero de estos domicilios—actualmente número 25 de la calle de Núñez de Arce—, vino al mundo su hijo Antonio.

Y he aquí cómo Antonio Rubió y Lluch, el más ilustre de los eruditos catalanes contemporáneos, no es catalán, sino vallisoletano.

* * *

El último libro de Rubió y Lluch—*Estudios Hispano-Americanos*—, está formado por los magistrales trabajos de crítica insertos en diferentes periódicos de España y América de 1889 a 1922. Refiérense a temas interesantes de la moderna literatura hispano-americana.

Porque el superior talento crítico de Rubió y Lluch no permite a éste encastillarse en la literatura clásica, que tan a la perfección conoce, sino que le lleva a espaciarse en los anchu-

rosos campos de lo moderno. Tenemos, pues, por un lado al profundo conocedor de las letras griegas, que va desde el teyo Anacreonte hasta Bikelas, Vizyenos y demás escritores contemporáneos; de otro, al historiador de la literatura medioeval catalana y al intérprete genial de los grandes escritores castellanos del siglo de oro; de otro, en fin, al explorador concienzudo de terrenos hasta hace poco tiempo tan ignorados como el de las letras hispano-americanas.

Algo hay también en Rubió y Lluch que llamaría la atención en quien no reuniera ese conjunto de cualidades excepcionales. Rubió y Lluch es tan grande escritor en castellano como en catalán. En uno y otro idioma su estilo es transparente, expresivo, de una justeza inusitada. La misma pluma que trazó las vibrantes líneas de las *Impresiones sugeridas por el Quijote*, escribió las jugosas páginas de *La cultura catalana en el regnat de Pere III*. Siempre la misma sencillez elegante y la misma precisión de léxico. No sería caprichoso ver en esto la doble influencia de la sangre que corre por sus venas y del suelo donde abrió los ojos a la luz del día. El aire castellano que oreó la frente infantil de Antonio Rubió, dejó en él el espíritu del idioma.

Los *Estudios hispano-americanos* ahora recopilados por Rubió y Lluch, son varios y a cual más notables. No trato aquí de hacer su examen detenido, sino solamente de notificar su publicación como importante suceso literario. Tres de ellos están dedicados a Miguel Antonio Caro, y en ellos queda trazada de mano maestra la figura del gran humanista y poeta colombiano. No en vano Antonio Gómez Restrepo, otro colombiano insigne, honor de las letras hispano-americanas, dedicó elogios elocuentes a uno de estos estudios.

Otros van consagrados a Calixto Oyuela, a José Joaquín Ortiz, a Juan León Mera, a José Enrique Rodó, y estampan hondamente la imagen literaria de todos ellos. Y así los demás. Al tender su vista Rubió y Lluch por los dominios literarios de América, sorprende con mirada perspicaz las características de cada autor y de cada obra, y las examina a presencia del lector, no con las pinzas que deshacen los tejidos para enseñarlos como piltrafas, sino con la experta mano que sabe llegar bien pronto al alma de las cosas.

Valladolid—yo sé que en este punto puedo llevar su voz—reclama como honor señalado el llamar hijo ilustre a Rubió y Lluch. Catalán, sí; pero vallisoletano.

NARCISO ALONSO CORTÉS.